



CONTEXTO HISTÓRICO Y RECREACION POÉTICA. BLAS DE OTERO Y SU POESÍA

Gilda Pandolfi Setti

RESUMEN:

Los acontecimientos históricos y espirituales acaecidos durante el siglo XX, que caracterizamos como el siglo de la pérdida de las certezas que sostenían el sentido del hombre acerca de Dios, el universo, su propio ser y su destino, es recogida por la literatura, que se penetra del sentimiento de angustia que genera el vacío esencial y se convierte en expresión de la sensibilidad de un tiempo que permite comprender el presente y preveer el porvenir.

La poesía española, tras la tragedia de los acontecimientos mundiales y su propia tragedia, la guerra civil, ha recogido el temblor del alma del hombre acuciada por la pérdida de Dios, por el dolor y la muerte. Son las grandes experiencias humanas y las grandes preguntas del hombre las que se debaten en una poesía magistral, de hondas resonancias, que pugna en la oscuridad del dolor, salir a la luz de Dios y de la poesía.

Blas de Otero recorre su camino poético, en un trayecto que discurre desde su angustia metafísica a una aproximación al hombre, del yo al nosotros, para finalmente remansar, en el encuentro cimero con lo esencial de su vida: su poesía.

ABSTRACT:

*HISTORICAL CONTEXT AND POETIC RECREATION.
BLAS DE OTERO AND HIS POETRY*

Literature records the historical and spiritual events of the twentieth century –the century of the loss of the certainties that were the cornerstones of man's sense of God and universe, of himself and his own destiny– and provides an insight into the feeling of anxiety generated by essential vacuum and represents the sensitivity of an age that enables us to understand the present and foresee the future.

The tragedy of international events and its own tragedy, the Civil War, have enabled Spanish poetry to show the human soul battered by man's loss of God, by pain and death. This poetry refers to man's most important experiences and to his most penetrating queries, giving us a rhythmic metre that is a reflection of the struggle between pain and the quest for God and poetry.

In his poetry, Blas de Otero follows a path that goes from metaphysical angst to an approach to man; from ego to community, until he finally discovers the core of his life: his poetry.

La llamada “aceleración de la historia”, da a nuestro siglo un ritmo vertiginoso. Desde fines del siglo XIX a hoy, el mundo ha sufrido las más profundas transformaciones: dos guerras mundiales, modificación de los mapas, fuertes convulsiones sociales, ebullición de ideologías, crisis económicas mundiales y periódicas, nacimiento de filosofías que ensayan nuevas formas de verdad, el cosmos que se abre a todas las interrogantes físicas y metafísicas, la ciencia que explora los límites de la materia, la tecnología que hace posible la inteligencia mecánica, fenómenos todos, que junto al desastre o hazaña que han representado, han creado las trampas en que el propio hombre y el mundo se encuentran atrapados.

Mientras el hombre creaba un mundo sin límites que descubrían sus alas, imperceptiblemente, iba creando el hondo vacío que encadenaba sus alas.

El proceso espiritual que sigue a tan complejos acontecimientos, produce la pérdida de las certezas físicas y metafísicas que sostienen la conciencia del hombre respecto del universo

y del sentido de la existencia, de su propio ser y su destino; pérdida del sentido de la vida y de la muerte; pérdida de la fe en la transcendencia última; pérdida de Dios. En conjunto, representan la pérdida de las certezas que configuran el sistema de verdades absolutas del hombre frente a la incertidumbre.

La incertidumbre caracteriza la atmósfera espiritual del siglo. Tras la pérdida de sus certezas, no hay nuevas verdades que las reemplacen con igual validez y seguridad, y el hombre se encuentra en un proceso de búsqueda inacabado que dura el siglo y marca sus creaciones.

Dios y la nada son los polos entre los que oscila la conciencia del hombre y que traspasan su obra. Es su angustia y desesperación, la pérdida de Dios y la conciencia de la Nada, lo que acecha al hombre y surge en los más significativos momentos del pensamiento, del drama, la poesía o la novela, en el sentimiento abisal del vacío, en el realismo descarnado, en el gesto desesperado o en la transcendencia hacia un mundo religioso.

Así, mientras hay un gran sector de la poesía de estos años que canta a la vida, al amor, en un horizonte de espiritualidad y de transcendencia religiosa:

*Ser, nada más
y basta. Es la absoluta dicha*

con Jorge Guillén, Pedro Salinas, Gerardo Diego, y con ellos, Leopoldo Panero, Luis Rosales, Luis Felipe Vivanco, Dionisio Riudrejo, otro importante sector de la poesía de estos mismos años, da cuenta exacta del dolor abismal:

*Estoy solo
Mi eternidad revolviendo.*

En verdad, para otros, el mundo no es una afirmación a la vida. El mundo se siente como un hondo y oscuro vacío, un angustioso vacío, y la poesía deja de ser Cántico para convertirse en una “frenética búsqueda de ordenación y ancla”.

Vueltos los ojos en torno, el poeta ha visto un mundo desgarrado de muerte y destrucción, de odio y sangre, se siente “monstruo entre monstruos, y cadáver entre millones de cadáveres vivientes, pudriéndose todos, inmenso montón”, y no sabe hacia donde clamar. De su boca sólo surgen gemidos, no voces.

De este inmenso gemido surge la voz de la poesía desarraigada, en la que buscaron angustiosamente sus amarras esenciales: Victoriano Cremer, Eugenio de Nora, Carlos Bousoño, José Luis Hidalgo, Gabriel Celaya y una en especial, la de Blas de Otero.

Su primer libro, *Ángel fieramente humano* (1950), constituye una intensa expresión del sentimiento de la angustia esencial, del desarraigo existencial, pues es ahí, de estas heridas, de donde mana su canto bronco y desgarrado:

*Un mundo como un árbol desgajado.
Una generación desarraigada.
Unos hombres sin más destino que apuntalar las ruinas.*

Su poesía, a medida que avanza, va ubicándose en el centro vital de su intuición obsesiva: la nada, el vacío, el vértigo. El hombre está absolutamente solo en un inmenso vacío:

*Desolación y vértigo se juntan,
parece que nos vamos a caer,
que nos ahogamos por dentro. Nos sentimos solos...*

Es una poesía metafísica que se interroga sobre el sentido de la existencia, del mundo, del hombre, de su destino, pero fundamentalmente, es la búsqueda de un Dios anhelado y a la vez incomprensible.

El poeta parte de la conciencia de que “el hombre está solo” y se sabe “vivo y mortal”. Junto a ello, es portador –como Unamuno– de una “sed de eternidad”; se trata de una poesía religiosa, pero dirigida a un Dios que se parece, más bien, al Dios terrible del Antiguo Testamento: un Dios anhelado, pero incomprensible, un Dios que opone un “poderoso silencio” a los gritos desgarrados, a las imprecaciones de la criatura desvalida.

*Sólo el hombre está solo. Es que se sabe
vivo y mortal. Es que se siente huir
–ese río del tiempo hacia la muerte–*

*Es que quiere quedar. Seguir siguiendo,
subir, a contra muerte, hasta lo eterno.*

.....

El motivo del vacío, expresión de la nada metafísica, construye en torno a sí, gran parte de los poemas de Blas de Otero de este período, poemas transidos de una feroz belleza. El hombre es habitante del vacío; viene de un vacío en donde está “solo, solo” y va a un vacío a donde no se llega “nunca” y donde no hay “nadie, nadie, nadie”.

*Cuando morir es ir donde no hay nadie,
nadie, nadie, caer, no llegar nunca,
nunca, nunca; morirse, y no poder
hablar, gritar, hacer la gran pregunta.*

El lenguaje fuerte, bronco de Otero, de signo barroco, desesperado, que horada la conciencia con ese obsesivo “nadie, nadie, nadie” y ese, “nunca, nunca, nunca”, hiriente y desolador, hace plástica la visión de una nada sin límite y eterna, que esparce una enorme noche de tristeza sobre su poesía.

En el soneto, *Tú que hieres*, aparece la penetradora angustia del poeta ante el silencio de Dios que se vierte en la violencia del léxico que descoyunta la métrica: los versos quedan cortados del modo más abrupto, y adquieren un ritmo singularmente bronco, arreatado, inconfundible, expresivo de entrecortada “ansiedad y agonía”.

*Arreatadamente te persigo.
Arreatadamente, desgarrando
mi soledad mortal, te voy llamando
a golpes de silencio. Ven, te digo.*

*Como un muerto furioso. Ven. Conmigo
has de morir. Contigo estoy creando
mi eternidad. (De qué. De quién). De cuando
arreatadamente esté contigo.*

*Y sigo, muerto, en pie. Pero te llamo
a golpes de agonía. Ven. No quieres.
y sigo, muerto, en pie. Pero te amo.*

*A besos de ansiedad y de agonía
No quieres, Tú, que vives. Tú, que hieres
arreatadamente el ansia mía.*

El arrebatado tono de amor divino del soneto, nos transporta a los místicos, a Sta. Teresa, y a la vez, en luces y sombras barrocas, al Quevedo “del borde del abismo”. En el terrible soneto *Hombre*, la voz poética clama:

*Luchando, cuerpo a cuerpo, con la muerte,
al borde del abismo, estoy clamando
a Dios. Y tu silencio, retumbando,
ahoga mi voz en el vacío inerte.*

*Oh Dios. Si he de morir, quiero tenerte
despierto. Y noche a noche, no sé cuándo
oirás mi voz, oh Dios. Estoy hablando
solo. Arañando sombras para verte.*

*Alzo la mano, y tú me la cercenas.
Abro los ojos: me los sajas vivos.
Sed tengo, y sal se vuelven tus arenas.*

*Esto es ser hombre: horror a manos llenas.
Ser –y no ser– eternos, fugitivos.
¡Ángel con grandes alas de cadenas!*

Tal vez sea éste, el más hermoso y a la vez terrible soneto del poeta. De sus versos surge el hombre como eterno fugitivo agonizante que clama a Dios, “arañando las sombras” en la búsqueda desesperada de la Esencia y la Forma inasible. Grito metafísico que horada el vacío y la tiniebla, en que se expresan su búsqueda inútil y en donde se debate con sus alas con cadenas: “Esto es ser hombre, horror a manos llenas/ Ser –y no ser– eternos fugitivos/ ¡Ángel con grandes alas de cadenas!”/ El hombre creado para volar y, a la vez, cautivo de sus alas, ansia y límite, infinitud y finitud, es la tragedia humana.

El hombre pendiendo del vacío, que no es otro que el vacío de Dios, es el que gime en el poema, porque, “al ser infinito lo buscado, el no encontrarle, es un infinito negativo”. Solo en la nada está el hombre, lo habita el vacío, lo agoniza la más terrible desolación.

Toda la poesía de Blas de Otero es una desesperada búsqueda de Dios; es un desesperado gesto de manos extendidas que no logran asir lo buscado; manos extendidas que no logran ser asidas por Dios: “Estoy hablando solo. Arañando sombras para verte”.

El poeta siente a Dios como una enorme fuerza heridora, que no deja encontrarle, pero qué tampoco abandona. La mano de Dios, desgarradora y heridora, implacable, aprieta y hiere el alma del hombre, sumido siempre en una noche a donde la luz no logra llegar. Es un Dios acechante, un Dios que lo posee pero no deja sentirse poseído; un Dios que es afán, agonía, hambre, tensión que implica movimiento hacia El, pero nunca llegada.

*Me haces daño, Señor. Quitá tu mano
de encima. Déjame con mi vacío
déjame. Para abismo, con el mío
tengo bastante. Oh Dios, si eres humano,

compadécete ya, quita esa mano
de encima. No me sirve. Me da frío
y miedo.*

La lucha con Dios, es el tema que da unidad a la poesía de Otero; lucha por conocerlo, por poseerlo. Búsqueda que no encuentra, tensión sin plenitud, sed que no se abreva, porque

no hay duda que lo que Otero siente, es ansia de plenitud en Dios, llegar a Él, fundirse en Él, conocer a Él, porque no hay duda, también, que Blas de Otero siente a Dios intensamente. Sentimiento hermano del unamuniano: “Yo te siento, Señor, no te conozco”. El clamor por desasirse de la mano de Dios que aprieta: “déjame. Para abismo, con el mío/ tengo bastante.../”, es la imagen del más terrible amor, amor insatisfecho siempre, pues sólo se “conocerá” a Dios tras el paso de la muerte, que es la única llegada hasta Él. El insalvable abismo metafísico, se suma a su propio abismo humano.

La poesía de Blas de Otero cruza hacia el amor humano. El amor se presenta como un desesperado anhelo de realización vital, como una manifestación más de su ansia de absoluto. De ahí, que el amor y el sentimiento religioso aparezcan íntimamente entrelazados en esta etapa de su obra: en lo hondo del amor late el ansia de Absoluto:

*Cada beso que doy, como un zarpazo
en el vacío, es carne olfateada
de Dios, hambre de Dios, sed abrasada
en la trezada hoguera de un abrazo.*

Para Blas de Otero, el amor a la amada es sentido como ansia de infinitud suprema, pero lo infinito absoluto sólo es Dios, por eso, el amor es “carne olfateada de Dios, hambre de Dios, sed abrasada”, y nuevo motivo de angustia e insatisfacción. Dios acecha al poeta y no le da tregua.

Si en la pasión de amor, el amor es ansia de Dios que abrasa, también en la dulzura amorosa, el amor es “alba de Dios”:

*Esa tierra con luz es cuerpo mío
Alba de Dios, estremecidamente
subirá por mi sangre. Y un relente
de llama me dará tu escalofrío.*

En algún momento, el poeta se tiente de ternura, su verso se remansa en delicias.

*Puente de dos columnas; y yo río.
Tú, río derrumbado; y yo, su puente
abrazando, cercando su corriente
de luz, de amor, de sangre en desvarío.*

Pero el poeta vuelve de la delicia y dice a la amada: luego serás “fronda de Dios” y “sima mía”. Nuevamente vuelve a su unidad temática: anhelo de absoluto, Dios.

El sentimiento amoroso, entrelazado al sentimiento religioso, cobra un signo trágico de felicidad imposible, que el Dios acechante no deja plenificarse.

*Besas como si fueses a comerme.
Besas besos de mar, a dentelladas.
Las manos en mis sienes y abismadas
nuestras miradas. Yo, sin lucha, inerme.*

.....
*Besas besos de Dios. A bocanadas
bebes mi vida. Sorbes. Sin dolerme,*

.....
*Oh Dios, oh Dios, oh Dios, si para verte
bastara un beso, un beso que se llora
después, por qué, ¡Oh, por qué!, no basta eso.*

La imposible plenitud del amor de la amada, ha cantado el poeta en este soneto: “besas besos de mar”, pero a la vez, “besas besos de Dios”; junto a la plenitud del instante humano, se abre un nuevo insondable, nueva ansiedad de absoluto que no se sacia en “los besos de mar” y que “subes mi muerte a flor de labios”, y que no se sacia más que en Dios: “Oh Dios, si para verte/ bastara un beso/ oh porqué, no basta eso”/.

El poema, a pesar de su tensión amorosa, es expresivo de un profundo sentimiento trágico: el hombre, en su inmanencia, no es más que un mendigo siempre en ansia insatisfecha de lo inalcanzable.

Dios, amor y muerte, son los centros de la poesía de Otero, a la vez, los esenciales del hombre, en cuyo centro se incerta el espantoso vacío que lo habita. En *Redoble de conciencia*, le da forma al vacío que lo acecha.

*Imagine mi horror por un momento
que Dios, el solo vivo, no existiera
o que existiendo, sólo consistiera
en tierra, en agua, en fuego, en sombra, en viento.*

*Y que la muerte, oh estremecimiento,
fuese el hueco sin luz de una escalera,
un colosal vacío, que se hundiera
en un silencio desolado, liento.*

Terrible visión, terrible y grandiosa fuerza la de la palabra poética, que logra configurar la imagen casi plástica de la nada y que logra el estremecimiento de la gran pregunta: ¿y si después de todo, no hay nada?, ¿y si Dios no existe, y la muerte no es más que un “hueco sin luz”, “un colosal vacío”?

No puede haber mayor expresión de desarraigo que estos patéticos versos de Otero, en los que el hombre, sin asidero ninguno, en la terrible duda que el Uno perseguido obsesivamente no existiera, o si sólo en “tierra, en agua, en fuego” consistiera, se desploma en el terrible vacío de la nada.

La palabra poética de Otero, con el desgarramiento violento que logra transmitir desde sus abruptos encabalgamientos que entrecortan angustiadamente el ritmo de sus poemas; con la condensación de materia que sus frases poéticas encierran, devolviéndole a las palabras su fuerza primigenia de significado neto; con la intensificación sensorial de sus imágenes que llevan a la sensación, a la visión, al tacto del vacío, “hueco sin luz”, como experiencia personal directa y casi física, logra la recreación más terriblemente expresiva de la nada: de la nada que *habita al hombre*, pero no de la nada que *habita el hombre*. Sólo en esta diferencia, sólo en ella, está la salvación. El poema expresa, como ningún otro, la desesperada búsqueda de asideros esenciales del poeta.

En *Redoble de conciencia* (1951), el poeta comienza a salir del claustro de su “yo”, para abrirse hacia el “nosotros”. Dice: “Definitivamente, cantaré para el hombre”. En efecto, cantará las angustias y miseria de los hombres, y rechazando la angustia ante la muerte, se dispone a afirmar voluntariosamente la vida:

*Vuelvo a la vida con mi muerte al hombre,
abominando cuanto he escrito: escombros
del hombre aquel que fui cuando callaba.*

*Ahora vuelvo a mi ser, torno a mi obra
más inmortal: aquella fiesta brava
del vivir y el morir. Lo demás sobra.*

En *Ancia* (1958), se inicia su acercamiento al hombre real de carne y hueso. Ya no se trata de su propia angustia, sino del sufrimiento humano, y se pregunta, aunque obviando el tono metafísico, por la causa del dolor del hombre.

*Quiero encontrar, ando buscando la causa del sufrimiento.
La causa a secas del sufrimiento a veces
mojado en sangre, en lágrimas, y en seco
muchas más. La causa de las causas de las cosas
horribles que nos pasan a los hombres.*

.....
*Me pregunto quién goza con que suframos los hombres.
Quién se afeita a favor del viento de la angustia.
Qué sucede en la sección de Inmortalidad
cuando, según todas las pruebas, nos morimos para siempre.*

En un lenguaje distinto, de tono conversacional, de expresión irónica, de tono irreverente, implícitamente acusador, se instala al centro del problema metafísico del dolor humano. ¿Cuál es su terrible, inútil, sentido? ¿Quién gana con el dolor del hombre? La poesía de Blas de Otero, aunque anuncia su voluntad de alejarse de la preocupación trascendente, su alma y su vida están cruzadas por esa lanza que lo penetra como muerte y como vida.

El poeta, “ángel tristemente humano”, no ha logrado llenar el vacío con Dios. Blas de Otero da la espalda al vacío y se enfrenta a la vida y al hombre, en otra búsqueda de su alma peregrina.

Va a iniciarse con *Pido la paz y la palabra* (1955), el segundo ciclo de la obra de Otero. Enlaza con los propósitos expresados en su texto *Digo vivir*: rechazo de su poesía anterior, “rompió todos sus versos” para enfrentarse “en la calle”, con los problemas concretos del mundo, con el hombre real de carne y hueso, con su sufrimiento.

*Aquí tenéis, en canto y alma, al hombre
aquel que amó, vivió, murió por dentro
y un buen día bajó a la calle: entonces
comprendió: y rompió todos sus versos.*

*Así es, así fue. Salió una noche
echando espuma por los ojos, ebrio
de amor, huyendo sin saber donde:
a donde el aire noapestase a muerto*

.....
*Yo doy todos mis versos por un hombre
en paz.*

Ahora, el poeta orilla sus angustias, sus preocupaciones metafísicas. El camino que no encontró en lo religioso, lo busca en una nueva dimensión: la solidaridad con los que sufren. La tarea inmediata –dice– es “demostrar hermandad con la tragedia viva, y luego, lo antes posible, superarla”. Pasarán ahora, a primer término, España y sus problemas. El poeta, libre ya de su angustia, quiere que su voz sea decididamente positiva.

A esta orientación responde el hecho de que Otero se dirija ahora, “a la inmensa mayoría”, con un lenguaje más sencillo, aunque realmente sólo en apariencia, ya que encubre una profunda concentración, como también, con una menor tensión poética, en el deseo de ser más accesible para contribuir a “transformar el mundo con la poesía”.

Pido la paz y la palabra se halla presidido por unas palabras de Sancho Panza a don Quijote: “No se muera vuesa merced, señor mío, sino tome mi consejo...”. Las palabras equivalen a una incitación del pueblo a que el poeta supere sus angustias. Ya en el primer poema anuncia el abandono de su anterior poesía angustiada y declara: “Yo doy todos mis versos por un hombre/ en paz”. El volcarse sobre el dolor de los demás le ha permitido superar su angustia metafísica:

*¡...jamás podrán vencerme
porque mi mano se me va y se agarra
a otra mano de hombre y a otra mano,
que me encadenan, madre inmensa, a ti!*

De esa “madre inmensa”, España, se propone el poeta ser “testigo”; ella será la “piedra” sobre la que edificará su obra. Como en Machado, los sentimientos de Otero sobre España son de *amor y de dolor*, “porque soy hijo de una Patria triste/y hermosa”.

Con dolor evoca su pasado remoto: “la más ardua historia que la historia registre”, o su pasado cercano: la guerra, la sangre, la muerte, el odio; y con amor evoca sus tierras, evocación que se hará aún más intensa en *Que trata de España*, transida de emoción y poesía.

En este ciclo poético, Blas de Otero concibe la poesía como lucha y construcción. Pide, reclama, la paz, la justicia, la libertad y proclama su fe, su esperanza, en una España mejor: “creo en ti, Patria”. Una nota exaltante, optimista –a pesar de los pesares– domina su poesía.

Así, a pesar de la guerra y de las “olas de odio” y de las “olas de sangre”, Blas de Otero les opondrá su anhelo de paz y justicia.

El poeta, aunque ha “salido a la calle” y ha encontrado el horror en que “todo apesta a muerte”, logra aún creer y esperar, a pesar, de “haber visto”, y en el poema *Fidelidad*, hace un magnífico acto de fe en el hombre, en la paz, en España.

En un alucinante paralelismo entre las estrofas, en espléndidas imágenes, en deslumbrantes efectos de disposición de las palabras en el verso por su magistral manejo del encabalgamiento, el poeta da cuenta del patético contraste entre el *ver* y *creer*, que los versos van desenvolviendo:

*Creo en el hombre. He visto
espaldas astrilladas a trallasos,
almas cegadas avanzando a brincos
españolas a caballo
del dolor y del hambre. Y he creído.*

*Creo en la paz. He visto
altas estrellas, llameantes ámbitos
amancientes, incendiando ríos,
hondos, caudal humano
hacia otra luz: he visto y he creído.*

*Creo en ti, patria. Digo
lo que he visto: relámpagos
de rabia, amor en frío, y un cuchillo
chillando, haciéndose pedazos
de pan; aunque hoy hay sólo sombras, he visto
y he creído.*

El poeta necesita anclarse a algo y ha buscado, ahora en el hombre mismo, el sentido de la vida, y en la “madre inmensa”, España, su concreto arraigo.

En *Que trata de España* (1964), Otero crea un poemario dedicado a cantar las tierras de España, “apasionada geografía lírica”; canto de amor del amado a la amada, que en transparentes versos, revela la belleza lineal, azul, luminosa, de los pueblos y tierras de España. Enmarcados en una temática histórica y social, se halla presidida por la esperanza, el anhelo de paz y olvido.

*Borrad
los años fraticidas
uníd
en una sola ola
las soledades de los españoles.*

La palabra poética de Otero se ha ido haciendo de una máxima austeridad expresiva; versos cortos, cargados de hondas resonancias y de sutiles alcances simbólicos. La fe en un “amanecer” jubiloso para España ha sido recogida con acierto sutil, en forma de cancioncilla popular, que en un tono fresco y silvestre, afirma tres veces, con el bíblico canto del gallo, un nuevo amanecer para España, y que, a la vez, lleva implícita la sugerencia de las tres negaciones cobardes, que decidirán la llegada de una madrugada para su “derramada España”.

*Las dos de la mañana
canta
un gallo, otro gallo
contesta.*

*El campo
de mi patria reposa
bajo la media luna.
Oh derramada España.
Rota guitarra vieja
levanta
los párpados
(canta
un gallo) que viene
llena de vida,
la madrugada.*

En el tercer ciclo de su poesía, defraudado de la idea de “arreglar el mundo con la poesía”, Blas de Otero, en búsqueda de nuevos caminos, regresa a su intimidad, a su yo profundo.

En *Hojas de Madrid*, insertas en el libro *Mientras* (1970), sus poemas van a constituir, ahora, una nueva búsqueda de amarras esenciales; esta vez su ancla será la propia poesía. Búsqueda de formas nuevas, liberación del lenguaje, imágenes insólitas, audacias expresivas, que van llevando el riguroso juego sintáctico a lo hermético profundo y al encuentro de una lengua poética de prodigioso rigor, capaz de traducir su alma.

La trayectoria poética de Blas de Otero discurre, de la angustia vital del desarraigo, a una poesía social que se dirige del Yo al Nosotros, para regresar a su Yo íntimo, que lo conduce a un gran reencuentro con lo definitivamente esencial de su vida: la poesía.

La lucha con Dios, en el vacío sin Dios de la nada; la lucha por el hombre, en el vacío sin Dios de la muerte y el odio; la lucha de su alma por la plenitud en la palabra, son dimensiones de una sola sed: ansia de absoluto Dios y poesía.

La poesía de Blas de Otero nace de lo hondo humano; es lo más esencial del hombre que se retuerce en ella: su inmanencia y su tensión de trascendencia en abrazada pugna, que marca el origen del dolor humano. Su palabra poética, lenguaje signado por su violencia expresiva, su dramatismo, su desgarró, su extrema tensión, fuente de una asombrosa densidad estilística, muestra, en expresión cimera, el forcejeo del alma y la palabra que es la poesía.

BIBLIOGRAFÍA

- Otero de, Blas (1950): *Ángel fieramente humano*.
Otero de, Blas (1951): *Redoble de conciencia*.
Otero de, Blas (1951): *Un relámpago apenas*.
Otero de, Blas (1951): *Cuerpo de la mujer*.
Otero de, Blas (1955): *Pido la paz y la palabra*.
Otero de, Blas (1959): *En Castellano*.
Otero de, Blas (1964): *Que trata de España*.
Otero de, Blas (1970): *Mientras*.